
Variaciones amorosas sobre lo mismo

Miguel Flores Ramírez /Filosofía y Letras

No es el amor quien muere,
somos nosotros mismos. . .

Octavio Paz

En alguna ocasión,
en un jardín cualquiera,
mirábamos el violáceo anochecer
de las aguas
en el espejo que nos repetía.
Los rostros sin atreverse
al rompimiento
del sortilegio acariciado
por el viento.
las ondas se seguían
con ritmo de nuestros deseos
a punto de decirse algo.
De un de pronto desprendido
de los árboles amantes
nos vimos como somos
y las manos se desprendieron
asustadas
y nos alejamos con rapidez
del estanque de los sueños
rotos.

Otra noche cualquiera,
la pasión quería encontrarte
en el recorrido febril
de tu cuerpo de mar tranquilo.
El aliento de neblina
corría descalzo por tu espalda
y subía. . .
(Impulso de la ola quebrada
en arrecifes.)
Quería encontrarte en toda
tú lo inexpugnable.
Y tú,
también me recorrías.
Después,
sin tener nada,
salimos como extraños,
para quizás navegar otras veces.

Acaso en aquel tiempo
el rompimiento fue el desborde
de angustias añejas.
Nuestros toneles yacían abiertos
al aire de sed quemante
y en el suelo, abatida,
la gaviota desangraba
sin sentido.



Satyagraha

Miguel Flores Ramírez / Filosofía y Letras

Fuego,
última plegaria de pira ascendida
alumbra en rojo la rueca quieta.
Intocable túnica al sol deslumbra
y ayuna la cabra bebiendo leche.

Amor,
extraña visión de fuerza encarnada
que apuró toda violencia del mundo
con vista enraizada y abiertas manos
inacabables para ser clavadas.

Agua,
cuerpo sagrado de río purificado
con cenizas que hablaban esperanza,
devuelve furiosa ola la imagen
perdida del recuerdo de paz clamada.

Viento,
mágico viento soplado en vericuetos
de turbante blanco, devela
la olvidada roca heredada
y canta con tus flautas Satyagraha.

Gandhi,
fuego contra sí mismo
—visión incomprensible—
las bestias ahuyenta
Satyagraha.